

XVIII.

Pues también hay en el libro de Mariano Catalina una carta al marqués de Molins, en coplas á lo Jorge Manrique, «metro que, según dice Cañete, *maneja* (Mariano) con gran facilidad y donaire.....»

Y, vamos á ver.

¿Qué consonante creen ustedes que pone Mariano á la Mancha?

Mariano escribía desde la Mancha (porque ya habrán ustedes adivinado que es de la provincia de Cuenca), y necesitaba un consonante para decirlo.

¿Qué consonante creen ustedes que fué á buscar.

Pues *lancha*: el menos á propósito para un país donde no hay mar, ni apenas río.

Pero hay que ver la estrofa entera para apreciar el ingenio del autor en todo su brillo:

«Como el pescador bogando
Parte del querido puerto,
Con su *lancha*,
Así yo voy caminando
Por este árido desierto
De la Mancha.»

La analogía, como se ve, no puede ser más grande, ni la imagen, por consiguiente, más propia.

No hay más que figurarse un pescador en una lancha, ó, como dice Mariano, *con su lancha*, que sale de Motrico, y ya parece que se está viendo á Mariano asomado á una ventanilla del tren que va de Alcázar á Criptana.

Porque es de advertir, para que la analogía con el pescador sea más completa, que Mariano iba en ferrocarril, según él mismo dice en otra estrofa tan infeliz como la pasada:

«Y cuando el tren más de prisa
A impulso del vapor rueda
Y anda más,
Miro con triste sonrisa,
Que mi pobre alma se queda
Más atrás.

¿Con *triste sonrisa* ó con triste consonante?
Pero verán ustedes qué cosas ve Mariano desde el tren:

«Veo á Carmen que se afana
Trabajando en su labor
Con empeño.

(¡Claro! si se afana, tiene que ser con empeño, y si trabaja, tiene que ser en su labor; pero todo hacía falta para llenar la copla).

Y á su *inteligente* hermana
Luchando á más y mejor
Con el sueño.»

(Y es una buena manera
De llamarla dormicera,
Sin beleño.)

Después habla de sus versos y dice con toda la prosa del mundo:

«Coplas á escape trazadas
Con la natural premura
De un viajero;
Ni han salido bien *pensadas*,
Ni mejor literatura
Darles quiero.»

Hace usted bien. Al cabo eran para otro académico, y, como dice el refrán, para los... académicos, buenos son los salvados.

Después empieza el reparto de las expresiones, lo mismo que en las cartas de los quintos, sólo que más prosáicamente.

Primero á los de casa:

«Y á Carmen la bondadosa,
A Angelita la discreta,
Y á tu niño...»

¡Qué monada, y qué falta de poesía!...

Después á los de fuera:

«Y además de tu familia
En nombre mío saluda,
Con pasión,

(¿Eh?)

A la bondadosa Emilia,
A la bellísima viuda

(¡Hombre! ¡hombre!)

Y al buen Mon.»

¡Eso es! Y al buen Mon... ¿No es esto bien poético?

Ahora la despedida:

«¡Adiós, maestro amoroso...

¡Adiós con la colorada!

Esto no lo dice Mariano en las coplas, pero como dicen los académicos en el Diccionario que es frase que se usa para despedirse, nunca sería mejor empleada que ahora.

«Adiós, maestro amoroso,
Cuya generosa mano
Me apadrina
*(Se ve venir presuroso,
De consonante á Mariano
Catalina.)*

¿Creen ustedes que no? Pues viene. Aquí está:

«Siempre es tuyo respetuoso
Amigo ex-corde Mariano...»
¡Catilina!

¿Quousque tandem?...

No lo sé. La verdad es que no lo sé. Porque también trae Mariano en su libro diecisiete docenas y media de cantares, todos tan sosos y tan guapos...

Por ejemplo:

«Ya sé yo por qué la luna
Viene con tan poca luz;

A ver, dígalo usted:

«Porque viene de una tierra
Donde la has mirado tú.»

—¿Y no tiene más gracia?—dirán ustedes.

—Sí, esta otra:

«Te pregunté si me amabas,
Me contestaste que no,

(Naturalmente.)

Y desde entonces, mi vida,
Sordo como un poste estoy.»

¿Qué t, a, l, tal?

También se resolvió Mariano á escribir algunas leyendas. Porque los talentos así, de primer orden, lo dominan todo.

¡Pobre Zorrilla! ¡Estaría él tan creído de que en este género no le había de eclipsar nadie...

Y sin embargo... verán ustedes cómo domina Mariano este género.

De sus siete leyendas, porque son siete justas, como los pecados capitales, dice Cañete, que «son de lo más original y estimable que ha producido su estro poético.»

Y también son de lo más sencillo.

La primera se titula *No hay mal que por bien no venga*. Lo mismo que una comedia de Tamayo; vamos, traducida, como todas las suyas.

Tiene sólo cuatro capítulos, y entre todos ellos no más que veintitrés quintillas.

También es verdad que si no tuviera el mérito de ser corta, no tendría ninguno.

Veán ustedes el argumento:

Rosa, la pobrecita Rosa, que así la llama
el autor, puso su amor en un oficial.

«Del regimiento del Rey,
Tan sublevadizo *el tal...*»

Pero no crean ustedes que el sublevadizo es
el Rey, ni el regimiento; aunque se lo aconseje
la sintaxis, no lo crean: el sublevadizo es
el oficial,

«Que no *le* guardaba ley
Ni á Rosa ni al general.»

Debía decir *les*; pero en fin... el oficial se
marchó á Valencia, y en la ausencia

«La pobre Rosa quedó
A la luna de Valencia.»

Fué al revés; porque el oficial fué el que se
marchó á Valencia, mientras Rosa se quedó
en Madrid; pero á Mariano le hacía falta en-
cajar ese chiste nuevo, y... pase.

¡Pobre Rosa! Así comienza el capítulo se-
gundo. Y luego

... «abandonada
Por el único mortal
De quien creyó ser amada,
Le ocurrió morir, y *nada*
Encontró más natural.»

Ni más prosaico.

«Examinó su conciencia
Y dijo: La providencia
Premiará mi abnegación,
Y esto con una inocencia
Que partía el corazón.»

Así es. Y todavía le parte. Sólo que eso no
se llama inocencia: se llama tontería.

Después

«Perseverando en su tema
Lo iba combinando todo,
Con serenidad extrema.»

Tan extrema como la que se necesita para
presentar estos versos al público.

Pero

«No estando la pobre á tiro
De Leucades ni de *Bósforos...*»

Ya comprenderán ustedes que va á tomar
fósforos, ¿eh?

Pues no los toma la infeliz, no; los toma el
autor... para consonante, nada más. Porque
dice que

«No estando la pobre á tiro
De Leucades ni de Bósforos,
Dióle á su muerte *otro giro*
Menos sublime, los fósforos,
O el estanque del Retiro.»

Y en esta alternativa cruel se acaba el ca-
pítulo segundo.

Pero empieza el tercero, y dice:

«Lo del estanque eligió;
Y un día, por la mañana,
Desde Chamberí bajó
Por la fuente Castellana...»
Y al estanque se tiró.

Ustedes creen que la quintilla concluye
así... Pues no, no concluye así la quintilla,
ni la muchacha tampoco.

Porque han de saber ustedes que cuando iba ya cerca del estanque

«Vió un hombre tendido, muerto,
Tal vez por un asesino.»

Y, es claro,

«Al mirar su rostro horrible
Sintió pavor invencible.»

(Nada más natural.)

Pero *le* ocurrió la idea

(No al muerto, sino á la muchacha, aunque otra cosa parece á primera vista.)

De que ella no era posible
Que se quedara tan fea.»

Es verdad que

«Pensó *dudosa* un momento
De su hermosura *en la suerte*;
Pero Rosa era muy fuerte
Cuando ante tal pensamiento
No renunció á darse muerte.»

Y entonces, dirán ustedes, ¿se puede saber de qué le ha servido al autor ponerla el muerto en el camino?

De nada; de lo mismo que sirve el resto de la leyenda.

El caso es que la pobre muchacha

«Llegó por fin al *estanque*...»

Ya se están ustedes figurando que la faltó *arranque*.

Pues no lo crean ustedes, no la faltó; le

tuvo. Mariano dice que le tuvo. Después de ponerla junto al *estanque*, dice que

«Tuvo el *decoroso arranque*
De recogerse el vestido.»

Lo que hubo fué que

«Miró al agua, y al mirar
Su rostro, estuvo dudando
Si acabar ó no acabar...
Mas ya se inclinaba, cuando
Oyó á su lado llorar...»

Puede ser que sospechen ustedes que el que llora es el oficial que ha vuelto de Valencia. Pero no. Verán ustedes, verán ustedes:

«Con *rapidez se volvió*
Y un *bulto* junto á ella vió;
Acercóse más al *bulto*,
Y...»

¿Qué dirán ustedes que era?...

«Y un recién nacido *oculto*
Entre unos paños halló.»

Y es claro, ya no se pudo tirar al estanque.

Y eso que, no vayan ustedes á creer que ella tuviera nada que ver con el niño. No, ella era una muchacha de bien, que no tenía en la aparición del niño culpa ninguna.

El niño le puso allí Mariano para que la muchacha no se tirara, como podía haber puesto un guardia de orden público.

Porque lo que dijo la pobre Rosa:

«Sí, ampararle es menester,
Yo le debo recoger...
Y entonces... fuerza es vivir.

(¡Claro!)

¡Paciencia! ¡Cómo ha de ser!
¡Ya no me puedo morir!»

¡Qué lástima!

¿Pero no ven ustedes qué ingenioso es todo esto?

Y ahora falta sólo el capítulo cuarto que dice:

«Y cuando á Madrid volvía
La pobre Rosa decía:
No hay mal que por bien no venga;
Y cuando Dios me le envía
Será porque me convenga.»

Es verdad.

Pero no es leyenda, ni poesía, ni nada.

Y es verdad, solamente tratándose de Dios, no cuando se trata de un académico que nos envía sus versos; los cuales de seguro no nos convienen.

¿Preguntan ustedes si no tiene más lances la leyenda?

No más.

Y creo que es la que más tiene de todas. Porque otra que se titula *Dios es la luz*, aún es mucho más sonce.

Comienza el *poeta*, con letra bastardilla, diciendo que cuando, en noche *tranquila y silenciosa*, descansa todo en *envidiable paz*, á él entre sueños una voz le acosa siempre tenaz, y añade:

«Cuando mis penas descansar rehusan
Y busca *el torbellino* mi dolor

(¿Qué dolor será este que busca el torbellino? ¿O será el torbellino el que busca el dolor de Mariano?)

De cien voces extrañas que me acusan
Oigo el rumor.»

Y sigue diciendo:

«Por todas partes llevo en el oído
La fiera acusación de una maldad;
Y, *si hay delito*, yo le he cometido
Por caridad.»

¡Ave María purísima!

Pero verán ustedes con qué ingenio explica Mariano este enigma, todo en versos iguales á los que preceden, é igualmente prosaicos.

Una noche, mientras el padre de Mariano estaba durmiendo, á Mariano le llamaba la afición al juego, y se escapó de casa. Después abandonó el lecho... ¿Dicen ustedes que debió ser antes?.. También yo creía lo mismo; pero Mariano dice que fué después, porque dice:

«Pero el juego á sus antros me llamaba
Y al juego fui
El lecho abandonó mi planta incierta, etc.»

De donde me parece que se deduce que primero se marchó á jugar y después abandonó la cama; es decir, que se fué al juego con la cama á cuestas.

Al salir de casa tuvo cuidado de no cerrar la puerta, ó tiene cuidado de decir en la le-

yenda que la puerta «no se cerró.» No hay que olvidar este detalle.

Aunque Mariano salió de casa para irse al juego, se conoce que le dió otra idea en el camino y se fué á la Playa.

En la Playa vió un *bulto*.

—¿Otro bulto?

—Sí, otro bulto. En todas las leyendas de este académico hay lo menos un bulto, y muchos disparates.

Se paró Mariano á ver el *bulto*, y el *bulto* ¡cataplún! se tiró al mar. Y Mariano se tiró detrás de él y le sacó.

Ya les tenemos á los dos, al *poeta* y al *bulto*, otra vez en la playa. El *poeta* preguntó al *bulto* que qué iba á hacer, y

«El *con voz ronca* contestó:—Morir.»

Mariano reconvinó al *bulto* para que viviera, pero el *bulto* le dijo en muy malos versos:

—«O morir ó matar es mi destino:
Condénasme á vivir, pues mataré;

(Es la misma puntuación del libro).

Tú le diste el puñal al asesino
Acuérdate...»

Después lanzó el *bulto* á Mariano una mirada que le dejó mortal, y luego le mostró la diestra armada

«Con mi puñal...»

con el puñal de Mariano.

De donde se deduce que esta Catalina

usaba puñal en sus nocturnas excursiones.
¡Quién lo había de decir!

Bien dice el refrán, que á veces, bajo una mala capa, hay un... mal poeta.

Después

«Relámpago fugaz brilló en el cielo,
Se oyó del trueno la potente voz:
Bramó la mar; estremeciósse el suelo...»

(¡Esto es atroc!)

Y empieza el capítulo tercero.

Sigue hablando el autor:

«Poco tiempo después entre soldados,
Tahures y *perdidas* me metí.»

¡Y con qué frescura lo cuenta!

«Olvidéme de todo al ver los *dados*...»

¿Los *dados* ó los consonantes?

Lo digo porque ya nadie juega á los *dados*, y lo que usted vería si acaso, serían los pies á una sota; pero los *dados* no. Esos *dados* son para concertar con *soldados*. A mí no me la pega usted, ni ningún académico.

En fin, el caso es que Mariano jugó y perdió (es la vida del hombre malo), y cuando volvió á casa, halló á su padre muerto por el suicida á quien él había sacado del agua, y con el puñal que á él le quitó...

Bueno. Convengo con ustedes en que la leyenda es muy sosa, ó, si ustedes quieren, que sí querrán, en que esto no es leyenda ni es nada.

Pero por qué se llama *¿Dios es la luz?*

No se sabe.

Regularmente lo bautizará así el señor Catalina, porque comprendió que, si Dios no alumbraba algo, el lector de su leyenda se quedaba á oscuras completamente.

Pues ¡si vieran ustedes *La maldición!*... ¡Y *La amistad*, que está dedicada á Salustiano, al Salustiano de antes!

Pero no quiero hacerles á ustedes ver más, porque temo que estén ya... encatalinados.

Conque memorias de *Salustianito*, y hasta Balaguer, si Dios quiere.

XIX.

¿Quién es Balaguer?

Allá por el mes de Octubre de 1868, en los primeros días que siguieron al triunfo de la revolución de Setiembre, varios personajes muy liberales y muy revolucionarios, que habían visto los toros desde la barrera, entraron en España por Barcelona.

El primero creo que fué Prim, y después siguieron su ejemplo algunos otros.

Y andaba por allí un hombrecillo de pelo largo y de facha vulgar, que dió en la gracia de, en cuanto llegaba un personaje de aquellos, cogerle del brazo, meterle por la puerta de la casa consistorial, subirle al balcón y presentarle desde allí á las turbas, que en aquellos días de criminal jolgorio llenaban la plaza de D. Jaime.

Era una especie de introductor de embajadores del pueblo soberano.

Al efecto se había aprendido de memoria un discurso, cuya parte principal decía así, palabras más ó menos:

«¡Sombras de los Moncadas y Berengue-